

RESURRECCIÓN DEL V.M. SAMAEL AUN WEOR

27 DE DICIEMBRE 1977



—Rafael, hola, ¿entonces tú viste internamente la resurrección del Cristo íntimo en el Maestro Samael, es decir, el fin de su segunda montaña?

—Esto es así.

A ese viaje a la Ciudad de México fui acompañado por un hermano gnóstico para asistir al funeral del V.M. Samael Aun Weor.

Fuimos a la funeraria inmediatamente que llegamos al aeropuerto y nos hospedamos en un hotel.

Nos movimos en taxis para no perder tiempo.

Cuando llegamos, los misioneros hacían en torno al ataúd blanco de nuestro Maestro, guardia de honor, y por turnos se cambiaban.

Dimos el pésame a la familia que estaba muy sumergida en un gran dolor, lógicamente también lo estaban los misioneros, pero eran dos dolores distintos. Notamos el cansancio de la familia por todo el traspaso que vivieron. Especialmente se notaba esto en la Maestra Litelantes.

En un día así de luto, no podíamos hacer otra cosa que pasarlo en la funeraria con todos y en torno a la familia. Recuerdo ver llegar a un sacerdote de la iglesia católica, que como en otras salas de la funeraria entró en ella y rezó.

Se decían cosas como que las manos del Maestro estaban aun tibias, aunque el resto de su cuerpo muy frío. Como también se decía que de un ojo del Maestro había brotado una gota de sangre.

Y así vi al V.M. Samael Aun Weor: su rostro muy blanco y pálido, vestido todo él de caballero del Santo Grial, y esto incluía su largo turbante de la cabeza a los pies, y que era la misma vestidura sagrada que usó durante el congreso de Guadalajara, en las ceremonias gnósticas del quinto, sexto y séptimo grado. Podía quedarme allí contemplando aquel cuerpo, y lo hice. Siempre conteniendo la emoción como lo hacían, creo yo, todos los presentes para no tener el comportamiento común que tenemos, de frente a un ser que amamos y que ya no está.

La familia, sentí y confirmé por unos pocos, esperaban la resurrección físicamente del Maestro, exactamente al tercer día de aquel 24 diciembre que expiró su último aliento, es decir, para el 27 de diciembre. Mientras que de la “momia viva” poco o nada se comentaba.

Con un día cargado de tantas impresiones del viaje y de aquel día 26 de diciembre en la funeraria, nos fuimos a descansar al hotel. Fueron nuestros comentarios sobre lo vivido ese día, seguramente el de muchos: ¿resucitará el Maestro en ese cuerpo? Y en caso de que no suceda, ¿qué pasará con la dirección del Movimiento Gnóstico Internacional? La respuesta sólo era una, la de la incertidumbre.

EXPERIENCIA DE LA RESURRECCIÓN

Amanecer del 26-27, esa noche o madrugada, tengo la experiencia maravillosa de estar de nuevo delante de aquel ataúd blanco, pero en cuerpo astral, y esta vez estaba a los pies del V.M. Samael Aun Weor. Momento ese tan corto que sólo me permitió ver de la otra parte del ataúd, del lado de la cabeza del Maestro, al Sr. Celestino López, quien fuera el Abad de los cursos de misioneros que se realizaban en el Súmmum Supremum Santuario, de la Sierra Nevada en Santa Marta, Colombia. A los lados había otros testigos que no me parecieron conocidos, quizás porque yo sólo miraba fijamente el rostro del Maestro. De pronto, sucede lo inesperado, el Maestro abre los ojos con una mirada perdida en el infinito cielo. Eran ojos de asombro, o más bien de gran éxtasis místico. Esto fue muy impactante para mí. Aun más fue impactante cuando el Maestro se sienta, y sus brazos que estaban en la posición de aspas, como los faraones egipcios, se abren en cruz y de los estigmas de sus palmas de las manos salta abundante sangre, que salpica sobre mi camisa blanca que yo miro asombrado. También vi que esta sangre cae sobre los que hace un momento sólo le contemplábamos. De todo este gran instante, lo que más me impactó es la mirada del Maestro hacia el infinito cielo.

Enseguida regresé al cuerpo físico bien emocionado. Imposible poder dormir luego. No hacía otra cosa que pensar y pensar en ello. Una y otra vez reconstruía lo vivido. Amaneció y nos fuimos a la funeraria. No compartí esto con nadie. En la funeraria nadie comentó sobre lo ocurrido internamente este 27. Sólo se hacían los preparativos para llevar el cuerpo del Maestro al cementerio donde su cuerpo sería incinerado. Qué triste fue la despedida que se hizo al Maestro antes de meterlo en el carro funeral. Allí lloró todo aquel que había disimulado su sentimiento de amor hacia al Maestro, que era este de puro agradecimiento. Detrás de aquel vehículo funeral, atravesamos la ciudad hacia el cementerio, siendo este un recorrido muy largo en automóviles y dirigido por la policía de tránsito sobre sus vehículos motorizados. Y ningún comentario oí de la resurrección del Maestro, por el contrario, se respiraba un ambiente de duda sobre lo conquistado por nuestro Maestro, en todo este proceso final de la segunda montaña. Llegamos al lugar y la espera se hizo tan larga que todos los presentes poco a poco se fueron despidiendo de la Maestra, y sólo un grupo bien reducido quedamos. Vino al final de aquella larga tarde de espera, las cenizas del Maestro. Y como éramos tan pocos, las pudimos tocar aun calientes.

Ni a la familia, ni a la Maestra le compartí la experiencia de resurrección del Maestro. Era yo bien joven. Llegué a la conclusión en esos días que a mi experiencia nadie le daría ninguna importancia, pues querían todos una resurrección como la de Jesús. Con el pasar del tiempo el Movimiento Gnóstico se dividió. Cada uno buscando el que consideraban el mejor sucesor del Maestro. Y mis experiencias con el Maestro continuaron. Que por ello dije hace un tiempo: después de la muerte y resurrección del Maestro es cuanto más lo he podido ver. Con mi edad de hoy, y con la experiencia de la misión, sin duda que yo habría gritado a todos en reunión solemne: ¡el Maestro triunfó! El Maestro es hoy un resurrecto, y con el cuerpo de la momia viva terminó la tercera montaña, ya hace bastante tiempo.

V.M. Zoroastro

